

taba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pié Helio Eobano hesso, célebre poeta, competidor de Melanchthon (a). ¡Oh cómo lloré mirando su gesto torpe con heridas y golpes, y afeados con llamas sus ojos! (1)

Díme prisa á salir deste cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas, que también hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme; solo diré que tal galería tan bien ordenada no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su órden (2). Vi graciosísimas figuras: hilando á Sardanápalo; glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvió el mundo, Belisario ciego acusaba á los atenienses (3).

Llegó á mí el portero y me dijo: Lucifer manda que porque tengais qué contar en el otro mundo que veais su camarín. Entre allá; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas: tenía cosa de seis ó siete mil cornudos y otros tantos alguaciles manidos. «¿Aquí estais? dije yo: ¿cómo diablos os había de hallar en el infierno si estabades aquí?» Había pipotes de médicos y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde y

mos que trabajar nosotros? Mientes, pues hay que trabajar en no caer en otros y en pagar los cometidos delitos. Enojóse Dios por un pecado, cuando no le debemos sino la creación sola; y ¡no sentiría las culpas, cuando no le debemos redempcion costosa y trabajosa? Espántome, Lutero, de que supieses nada. ¿De qué te aprovecharon tus letras y agudeza? Más le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable Lutero. Estaba ahorcado, etc.» (Edic. de Pamp. 1631, y MS. de la Bib. de las Cortes, F. 3, pág. 109. L. 31, p. 98.)

(a) Helio Eobano hesso. Este sobrenombre indica su patria en el Hesse, donde nació en 1488. Fué mirado como uno de los primeros poetas latinos de su época. La necesidad le obligó á emprender la medicina, y escribió un tratado sobre la dieta, que fué recibido con mucho aplauso. Tavo comunicacion estrecha con los sabios más distinguidos de la Alemania protestante, y murió en 1540.

(1) No pude sino suspirar. (Edic. de Pamp. 1631.)

(2) Miré por los españoles, y no vi corona ninguna española: quedé contentísimo, que no lo sabré decir. (Idem.)

(3) Y Julio César estaba llamando de traidores á Bruto y Caslo. ¡Oh, cuáles andaban el mal obispo don Ólpas, y el conde don Julian, pisando su propia patria, y manchándose en sangre cristianal. Allí vi colgados otros muchos de todas naciones, cuando se llegó á

con licencia. Y en las cuatro esquinas estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes (4) rociadas, doncellas penadas como tazas, y dijo el demonio: «Doncellas son que se vinieron al infierno con las donceles fiambres, y por cosa rara se guardan.» Seguíanse luego demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas había muchos, porque piden para sí mismos y consumen ellos con vino cuanto les dan. Había madres postizas, y trastenderas de sus sobrinas, y suegras (5) de sus nueras, por mascarones alrededor. Estaba en una peaña Sebastian Gertel (6), general en lo de Alemania contra el Emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que vi en el camino si lo hubiera de decir todo. Salime fuera, y quedé como espantado repitiendo conmigo estas cosas. Solo pido á quien las leyere, las lea de suerte que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares; certificando al lector que no pretendo en ello ningun escándalo ni reprension sino de los vicios (7), pues decir de los que están en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608, en 28 de mi edad (b).

mi el portero y dijo: etc. (MS. de la biblioteca de las Cortes, F. 3 y L. 31, páginas 110 y 100.)

(4) rociadas, doncellas preñadas como tazas; y dijo el demonio: «Doncellas son que vinieron al infierno con..... fiambre, y por cosa rara se guardan acá. (Id. p. 110 v. y 101)

(5) terceras (Id.)

(6) Sebastian Quartel, general en Alemania contra el Emperador, tras haber sido su alabardero, tabernero en Roma, y borracho en todas partes. (Id. p. 111 y 102.)

(7) (por los cuales los hombres se condenan y son condenados.) (Idem.)

(b) Castellanos (tom. 1, pág. 428, impresion de 1840) estampó que poseía una censura del Sueño del infierno hecha por fray Antonio Mendez de Santo Domingo. Hoy, segun me manifiesta, no es ya dueño de aquel documento. En él parece que se vea inserto y anatematizado un largo párrafo de la papisa Juana, que el mismo señor Castellanos publicó en el lugar referido. Si es, como se supone, de Quevedo, razon tuvo el censor oponiéndose á que afease obra de tan ingenioso escritor un rasgo de ningun interés, de muy escaso gracejo y de no pequeño escándalo. No se encuentra en ninguno de los antiguos MMS. que he tenido á la vista.

EL MUNDO POR DE DENTRO (a).

A DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA, MARQUES DE PEÑAFIEL,
CONDE DE UREÑA (b).

ESTAS burlas, que llevan en la risa disimulado algun miedo provechoso, envío para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algun rato. Pequeña es la demostracion, mas yo no puedo dar más; y solo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia á mucho ménos hace honra y merced. En la Aldea, abril 26 de 1612 (c).

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL LECTOR, COMO DIOS ME LO DEPARARE, CÁNDIDO Ó PURPUREO, PIO Ó CRUEL,
BENIGNO Ó SIN SARNA.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo: sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es: *Nihil scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo solo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables: á estos se les ha de envidiar el ocio y la satisfaccion, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á estos se les habia de castigar la hipocresía con creerles la confesion. Otros hay (y en estos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sue-

(a) Este cuarto sueño fué concluido en la Torre de Juan Abad en 26 de abril de 1612. Tal fecha resalta en la carta original dirigida al Duque, segun Castellanos. (Tom. 1, pág. 427, edic. de Madrid de 1840.)

En el año difieren las impresiones y los manuscritos que nosotros hemos tenido á la vista. Uno de la tercera década del siglo xvii, que perteneció á la biblioteca de don Vincencio Juan de Lastanosa, y se encuentra en la Nacional, Aa, 167, muestra con manifiesto error el año de 1623; la impresion de Ruan, el de 1624; la de Pamplona, el de 1612; la de Barcelona (*Juguetes de la niñez*), la de Madrid que lleva por título *Enseñanza entretenida*, la de Bruselas y todas las posteriores, en fin cuantas se calcularon sobre la primera edicion hecha en la capital de la monarquía, estampan el año de 1610.

Publicaron por vez primera *El mundo por de dentro*, así como los sueños anteriores, las prensas de Barcelona y Zaragoza en 1627, y en 1629 las de Madrid. Introdujo entonces el autor notables alteraciones en el texto, y así lo reproducimos, dando sin embargo noticia oportunamente de todas las variantes.

Sacan las primeras ediciones al márgen los asuntos y personas de que se compone el discurso, y son los siguientes: «desengaño, hipocresía, todos son hipócritas en el mundo, hidalgo, caballero, discretos, viejos, niños, niños, en todos los nombres de las cosas hay hipocresía, los pecados todos son hipocresía, hipócritas, entierro y procesion de una difunta, el viudo, explicacion del entierro y procesion, viudo, luto y llanto de una viuda, explicacion de la tristeza y luto de la viuda, alguaciles tras un ladrón, escribano, corchetes, alguaciles, escribano, rico con carroza, criados y bufones, mujer hermosa con manto, desengaño de la hermosura de la mujer.»

El título en el MS. de Lastanosa aparece de este modo: *Discurso del mundo por de dentro y por defuera*.

(b) La dedicatoria es enteramente distinta en la edicion de Pamplona de 1631 y en el MS. de Lastanosa. Héla aquí: «A don Pedro Giron, duque de Osuna (1). Estas son mis obras: claro está que juzgará vuecelencia que siendo tales no me han de llevar al cielo; mas como (2) yo no pretenda dellas más de que en este mundo me den nombre, y el que más estimo es (3) de criado de vuecelencia, se las envío para que, como á tan gran príncipe las honre; lograrán de paso la enmienda. Dé Dios á vuecelencia su gracia y salud; que lo demas merecido lo tiene al mundo su virtud y grandeza. En la Aldea (4), abril 26 de 1612.—Don Francisco Quevedo Villegas.

(c) 1610 hemos dicho que es el año que haron los *Juguetes de la niñez* en 1629, y que desde entonces hasta hoy viene reproduciéndose.

(1) y conde de Ureña. (MS. de Lastanosa.)

(2) ya no pretenda de ellas más que en este mundo (Idem.)

(3) el de criado de vuecelencia, se las envío para que como tan gran príncipe (Idem.)

(4) abril 1623.—Don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas. (Idem.)

ñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especerías. Yo pues, como uno destos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio, ni haber endemoniado un Alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin tón y sin són; pero no importa, que esto no es bailar) con el *Mundo por dentro*. Si te agradare y pareciere bien, agrádecélo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epitetos.

DISCURSO.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apéto, y este nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando eudicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura solo en la pretension dellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condicion para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae; con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me habia de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder de la confusion, poseido de la vanidad de tal manera; que en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversacion los amigos, de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguía las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veía responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiracion aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de (1) voces descompuestas y tirado porfiadamente del manto, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridiculo, ántes severo y digno de respeto. ¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites; no que dejais de vuestra voluntad, sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo: déjame gozar y ver el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose dijo: «Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas; ántes te tengo lástima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejais pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester si lo llamas? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los días?

(1) unas grandes y descompuestas voces y tirado muy porfiadamente del manto, *Edic. de Barcelona, 1635.*

No por cierto; que ellos solo vuelven la cabeza á reírse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetes que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que cuando más caminan los días que van delante de tí, tiran hácia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y segun vives, ántes será pasada que creída. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese; que este la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir.» «Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde y qué haces por aquí?» «Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño: estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecís á quien os le dió, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, vén conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es; que tú no alcanzas á ver sino lo que parece.» «Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir? Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga sino una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el día de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro se desfigura de suerte que no le conocerán las tijeras y agujas y jabón; y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, ir solo,—por ser hipócrita y parecer lo que no es se va metiendo á caballero; y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga. Y la hidalguía y la ejecutoria le sirve solo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caba-

llero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocín en que los llevan, y despues cuando mucho una graja ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quejase de melancolías, vive descontento y precíase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? No ves á los niños precíase de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre de camino; el bodegón, estando; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado (1); el fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados. Amistad llaman el amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo, al negro moreno, señor maestro al albartero, y señor doctor al platicante. Así que, ni son lo que parecen ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¿Pues unos nombres que hay generales! A toda pícara, señora hermosa; á todo hábito largo, señor licenciado; á todo gallofero, señor soldado; á todo bien vestido, señor hidalgo; á todo (2) capigorrón ó lo que fuere, canónigo ó arcedianio; á todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que, ignorante como tú, crea (3) las experiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y della nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil.» «¿Cómo me puedes tú decir (4) ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos?» «No me espanto que eso ignores; que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien te confiesas; y tambien confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apecece lo malo debajo de razon de bien, y que para pecar no basta la representacion de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecucion, que solo le agrava más, aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destos se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y segun su natural, no pudo ape-

tecelle sino debajo de razon de algún bien. Pues ¿hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen ménos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar (5).»

En esto llegámos á la calle mayor; vi todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomámos puesto conveniente para registrar lo que pasaba: fué un entierro en esta forma. Venían envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta reeva incensando con las campanillas; seguían los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataud, (6) chirriando la calavera; seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando á los de la Capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detras seguía larga procesion de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos; corvos ó impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, — iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, ¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos, que no solo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: «Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente á las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores y todo este acompañamiento (7) piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podricion y guisanos, se podrían excusar; empero tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su so-

(5) Y por eso como quien sabia lo que era y lo aborrecía tanto sobre todas las cosas, Cristo, habiendo dado muchos preceptos afirmativos á sus discípulos, solo uno les dió negativo, diciendo: «No querais ser como los hipócritas tristes.» (*Math. vi.*) De manera que con muchos preceptos y comparaciones los enseñó cómo habían de ser: ya como luz, ya como sal, ya como el convidado, ya como el de los talentos, y lo que no habían de ser todo lo cerró en decir solamente: «No querais ser como los hipócritas tristes; advirtiéndole que en no ser hipócritas está el no ser en ninguna manera malos, porque el hipócrita es malo de todas maneras. (*Edición de Pamplona y el MS.*)

(6) gritando su letanía, luego las órdenes, y tras ellas los clérigos, que galopeando los responsos, cantaban de portante, abreviando, porque no se derritiesen las velas y tener tiempo para sumir otro; (*La edición y el MS. referidos.*)

(7) ¿Quién no juzgara que los unos alumbran algo, y que los otros no es algo lo que acompañan, y que sirve de algo tanto acompañamiento y pompa? Pues sabe que lo que allí va no es nada; porque aun en vida lo era, y en muerte dejó ya de ser; y que no le sirve de nada todo, sino que tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. (*Edic. y MS. referidos.*)

(1) del alguacil; (*MS. de Lastanosa.*)

(2) fraile motilon, ó lo que fuere, reverencia y aun paternidad; á todo escribano (*Edic. de Pamplona, 1631, y el MS.*)

(3) á las apariencias. (*MS.*)

(4) que son hipocresía. (*MS.*)

herbia. Allí no va sino tierra de ménos fruto y más espantosa de la que pisa, por sí no merecedora de alguna honra ni aun de ser cultivada con arado ni azadon. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas á menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues ántes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron; que quisieran más pasearse ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro le va diciendo que convidar á entierro y á misacantanos, donde se ofrece, que no se puede hacer con un amigo; y que el entierro solo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante bauranda y gasto de cofadrías y cera; y entre sí dice que le debe poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en médicos, barberos ni boticas, y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con esta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado con su mala condicion y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo: «¿Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré ménos de lo que viere.» Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: «Delante voy, donde aguardo á los que quedais, acompañando á otros que yo vi pasar con ese propio descuido.»

Apartónos desta consideracion el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entrámos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, á seis voces, de mujeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmas de rato en rato, que parecia palmeado de diciplinantes. Oíanse unos sollozos estrados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas, la cuitada estaba en un aposento oscuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban á tiento. Unas decian: «Amiga, nada se remedia con llorar.» Otras: «Sin duda goza de Dios.»Cuál la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros decia: «¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda á quién volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre mujer sola!» Y aquí plañian todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundia la cuadra; y entónces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destes, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije: «¿Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda! pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho

más; y así (1) su nombre es de *mudas sin lengua*, que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor (2). Esto remedian con meterse á dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son estas; y si muerto, que ni las asiste ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirian cuando vivo hacia todo esto? «Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejádme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las destas mujeres.» El viejo algo enojado dijo: «¿Ahora lloras después de haber hecho ostentacion vana de tus estudios y mostrádote docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas para ver cómo merecian que se hablase dellas? Mas ¿quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe (3) dónde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que después de poseído usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de respuestas, cómo por de dentro tiene una ánima de aleyuas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la escuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiéreslas consolar?

(1) les dió la Sagrada Escritura nombre de mudas (*La edic. de Pamplona.*)

(2) Mucho cuidado tuvo Dios dellas en el Testamento viejo, y en el nuevo las encomendó mucho. Por san Pablo: «cómo el Señor cuida de los solos y mira lo humilde de lo alto!» «No quiero vuestros sábados y festividades, dijo por Isaias, y el rostro aparto de vuestros inciensos; cansado me tienen vuestros holocaustos; aborrezco vuestras calendas y solemnidades. Laváos y estáos limpios, quitad lo malo de vuestros deseos, pues lo veo yo; dejad de hacer mal, aprended á hacer bien, buscad á la justicia, socorred al oprimido, juzgad en su inocencia al huérfano, defended á la viuda.» Fue creciendo la oracion de una obra buena en otra buena más acepta, y por suma caridad puso el defender la viuda. Y está escrito con la providencia del Espíritu Santo decir: «Defended á la viuda, porque en siéndolo no se puede defender como hemos dicho, y todos la persiguen. Y es obra tan acepta á Dios esta, que añade el Profeta consecutivamente diciendo: «Y si lo hicierdes, venid y argüidme;» y conforme á esta licencia que da Dios de que le arguyan los que hicieren bien y se apartaren del mal y socorrieren al oprimido y miraren por el huérfano y defendieren la viuda, bien pudo Job argüir á Dios, libre de las calumnias que por argüir con él le pusieron sus enemigos, llamándole por ello atrevido é impto, que lo hiciese con esta del capítulo 31, donde dice: «¿Negué yo por ventura lo que me pedian los pobrecitos? ¿Hice aguardar los ojos de la viuda? que convienen con lo dicho, como quien dice: «Ella no puede, porque es muda, con palabras, sino con los ojos, poniendo delante su necesidad.» El rigor de la letra hebrea dice: «O consumi los ojos de la viuda», que eso hace el que no se duele dél que la mira para que la socorra, porque no tiene voz para pedirle. (*Edic. de Pamplona, 1651.*)

(3) las cosas, sino el que las hace, como no es rico el que sabe dónde está el tesoro, sino el que le saca y le trabaja. (*MS.*)

Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir, y luego las amigas harán su oficio: Quedais moza, y es malograros; hombres habrá que os estimen; ya sabeis quién es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otra: Mucho debeis á don Pedro, que acudió en este trabajo; no sé qué me sospeché; y en verdad que si hubiera de ser algo... que por quedar tan niña os será forzoso... Y entónces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: No es ahora tiempo deso; á cargo de Dios está; él lo hará si viere que conviene. Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella lo come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice: ¿Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas (1) enteras sin dar parte á nadie de puro desdichada? Mira pues, siendo esto así, qué á propósito vienen tus exclamaciones.»

Apénas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con solo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al Rey, favor á la justicia, tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedía la necesidad y le mandaba el miedo. Atras, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenia una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto: dijeron que aquel hombre que huía era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele despues de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venia gente, encomendóse á sus piés, y fué á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacia la causa mientras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban tras él, y no le podian alcanzar. Y debia de ser el ladrón muy ligero, pues no le podian alcanzar soplonés, que por fuerza corrian como el viento. ¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas (2) ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mirale cuál va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar á aquel delincuente y quitar un tropezón á la paz del pueblo.» «Basta, dijo el viejo, que si no te van á la mano, dirás un día entero. Sábetes que ese alguacil no sigue á este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pié delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, ántes hace bien y justamen-

(1) á solas (*MS.*)

(2) seguras (*MS.*)

te, y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para estos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborre-ciéndolos el mundo tanto, por venganza dellos no da en ser bueno adrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se morirían; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú. «Ya que en eso pongas tambien dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos?» «Riete deso, dijo: ¿Has visto tú alguacil sin escribano algun día? No por cierto; que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como habia de andar el mundo, mejor fuera y más importará que el juramento que ellos toman al testigo que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara á ellos de que la escribirán como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres dias los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detras de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, — que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.»

Más dijera si no le (3) tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecia porfiaba á sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecia, segun el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avariento de miraduras, ahorrando cortesias con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecia vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabia por dónde volverse á hacer una cortesía ni levantar el brazo á quitarse el sombrero, el cual parecia miembro segun estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufon en el coche entreteniendo. «Para tí se hizo el mundo, dije yo luego que le vi, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¿Qué bien empleada hacienda! Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!» «Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y solo aciertas en decir que el mundo solo se hizo para este; y es verdad, porque el mundo es solo trabajo y vanidad, y este es todo vanidad y lo-

(3) divirtiera la grandeza (*MS.*)

cura. ¿Ves los caballos? Pues comiendo se van, á veltas de la cebada y paja, al que la fia á este, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿Ves aquel bufon? Pues has de advertir que tiene por bufon al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destos ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento porque el truhan le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es jugar del otro: desta suerte el rico se rie con el bufon, y el bufon se rie del rico, porque hace caso de lo que lisonjea.»

Venia una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos; iba ella con artificiosos descuido escondiendo el rostro á los que ya la habían visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubría un tarazon de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas á las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparecidas por labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás y diciéndole: «Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza. ¿Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¿Qué ojos tan honestamente hermosos! Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! Qué cejas tan negras esforzando recíprocamente la blancura de la frente! Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! Qué labios encarnados guardando perlas que la risa muestra con recato! Qué cuello! Qué manos! Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella.» «¿Qué más le queda á la edad que decir y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces esto. Triste fué tu vida; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que también eres loco; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razón ha de juzgar y elegir; al revés lo haces, ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan la vista. ¿Qué río caudaloso no se burla della, pues para saber hácia dónde corre es menester una paja ó ramo que se lo muestre! ¿Viste esa vision, que acostándose

fea se hizo esta mañana hermosa ella (1) misma y hace extremos grandes? Pues sábetelo que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda, y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado; las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran; los dientes que ves y la boca era, de puro negra, un tintero, y á puros polvos se ha hecho salvadera; la cera de los oídos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla; ¿las manos? pues lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día á que la vean, echarse la noche ántes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? Qué es ver una fea ó una vieja querer, como el (2) otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estás la mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerías; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan á la pastilla y al sabumero ó aguas de olor; y á veces los piés disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígotelo que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer, y ahitos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tabillitas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embrazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame á entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades (más provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas), y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses, y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen ménos asqueroso fundamento» (a).

Mirando estaba yo confusion de gente tan grande, cuando dos figurones, entre pantasma y colosos, con caras abominables y facciones traídas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: «Ea, gente cuerda, alto á la obra.» No lo hubieron dicho cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron á la sombra de la cuerda muchos, y en entrando eran todos tan diferentes, que parecía trasmutación ó encanto. Yo no conocí á ninguno. «Válgate Dios por cuerda, decía yo, que tales tropelías haces!» El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carejadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían á sollozos mirando mi confusión. «Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado

(1) á sí misma (MS.)

(2) marqués de Villena, salir (MS.)

(a) Aquí concluye el texto en la edición de Pamplona y en el MS.

las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en teclados de moño.» «¿Qué te ha dado, mujer? ¿Eres tú la que yo vi allí?» «Sí es (decía el vejete con una voz tropicada en toses y con juanetes de gargajos), ella es; mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades.» «Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferretuelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración, dije yo, ¿cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpetuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros.» «Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda.» «Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virginidades y solicitando deshonoras, y facilitando maldades, yo lo conocí á la orilla de la cuerda, dignidad gravísima.» «Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo.» «Aquel que anda allí juntando bregas, aguzando pendencias, revolviendo caldos, aumentando cizañas, y calificando porfías, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo vi fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas?» «Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste á la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes, cuál anda aquí á la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecía que curaba,—aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen, y allí parecía que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera á la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacia por pujar á otros la ceremonia, que tocaban en debuces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amen sonoro y anticipado á todos los otros vergantes á cuanto el patron dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la bar-

ba y de los entretenimientos de la geta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundía el barrio: «cierren esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase, que así hago yo,» y todo el séquito de la negra honra? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrado con una promesa, y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen, cómo vuelve á su casa con un esquilon por los tan sonora que se oye á seis calles. ¿Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dádigos y ricos, qué á raíz tiene el (4) ceño de los que no pueden más, y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿Ves aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose á hermano, que acude á sus enfermedades y á sus pleitos, y que le prestaba y le acompañaba? Pues mírale por debajo de la cuerda anadiéndole hijos y embarazos en la cabeza y tropicaciones en el pelo. Oye cómo rependiéndose aquel vecino, que parece mal que entre á cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten y se fian dél y le abren la puerta á todas horas, él responde: ¿Pues qué queréis que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fian de mí y me niegan la entrada? Eso sería ser necio, si estoto es ser bellaco.» Quedé muy admirado de oír al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entónces dije entre mí: «Si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?»

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venían de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una línea invisible, casi debajo della cabían infinitas multitudes; y que hay debajo de cuerda en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabon muy bueno á los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: «Forzoso es que descanses; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.» Yo tal estaba, que di conmigo en el sueño, y en el suelo obediente y cansado.

(4) sueño de los que no pueden (Edic. de Madrid de 1648 y siguientes.)